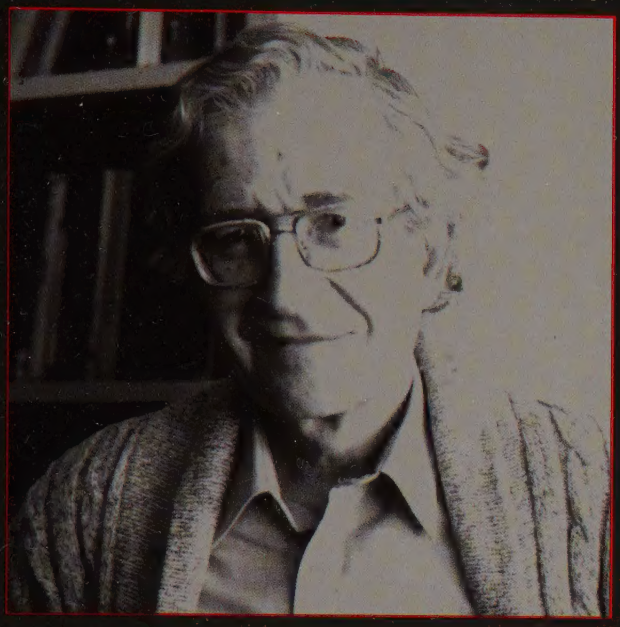
Noam Chomsky



El gobierno en el futuro

ANAGRAMA
Colección Argumentos

Digitized by the Internet Archive
in 2023 with funding from
Kahle/Austin Foundation

https://archive.org/details/elgobiernoenelfu0000noam

El gobierno en el futuro

Noam Chomsky

El gobierno en el futuro

Traducción de Francesc Roca

EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:
Government in the Future
Seven Stories Press
Nueva York, 2005

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
Ilustración: foto del autor, © Jerry Bauer

Primera edición: mayo 2005
Segunda edición: septiembre 2010

© De la traducción, Francesc Roca, 2005
© Noam Chomsky, 1970, 2005
© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2005
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-6226-3
Depósito Legal: B. 33093-2010

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

Grabado en el Poetry Center de Nueva York el 16 de febrero de 1970

¿Cuál es el papel del Estado en una sociedad industrial avanzada? Creo útil, a fin de responder a esa pregunta, establecer como marco para la discusión cuatro posiciones un tanto idealizadas. Denominaré *liberal clásica* a la primera, *libertaria socialista* a la segunda, *socialista de Estado* a la tercera y *capitalista de Estado* a la cuarta. Y las consideraré sucesivamente. Asimismo, voy a exponer con toda claridad mi propio punto de vista por adelantado, a fin de que puedan evaluar y juzgar mejor lo que voy a decir. Creo que las ideas del socialismo libertario –concepto que,

para mí, significa un amplio abanico ideológico que va del marxismo de izquierdas al anarquismo– son fundamentalmente correctas y constituyen unas prolongaciones del pensamiento liberal clásico naturales y perfectamente adecuadas a la sociedad industrial de nuestra época.

En cambio, me parece que la ideología del socialismo de Estado –es decir, aquello en lo que ha acabado convirtiéndose el bolchevismo–, así como la del capitalismo de Estado –el Estado del bienestar moderno–, son teorías sociales regresivas y del todo inadecuadas, y buen número de nuestros problemas verdaderamente fundamentales proceden de que esas formas sociales dominantes son, hasta cierto punto, incompatibles con las sociedades industriales modernas porque no se adecuan a ellas.

Tras esta aclaración, voy a considerar sucesivamente las cuatro posiciones que conforman el marco de referencia, empezando por el punto de vista liberal clásico.

EL LIBERALISMO CLÁSICO

La idea fundamental del liberalismo clásico es la oposición a todas las formas –exceptuando las más restringidas, es decir, las mínimas– de intervención estatal en la vida social y personal. Esta conclusión resulta muy familiar. En cambio, no lo es tanto el razonamiento que conduce a ella, el cual, en mi opinión, es mucho más importante que la conclusión en sí.

Uno de los primeros y más brillantes exponentes de esa posición es el libro de Wilhelm von Humboldt *Los límites de la acción del Estado,* escrito en 1792, pero no publicado hasta casi sesenta años después. Según su autor, el Estado tiende «a dejar de lado los objetivos individuales del hombre y a convertirlo en un simple instru-

mento que le sirva para sus arbitrarios fines»,[1]* y dado que los humanos son por esencia seres libres, que procuran adquirir nuevas capacidades en todos los ámbitos y perfeccionarse a sí mismos, el Estado es una institución profundamente antihumana. Es decir, sus acciones y su existencia son, en último término, incompatibles con el desarrollo pleno y armonioso del potencial humano en su rica diversidad, y de ahí que resulte incompatible con lo que Humboldt y, en el siglo siguiente, Marx, Bakunin, Mill y muchos otros consideraron que era la verdadera finalidad del hombre. (Y deseo hacer constar que, para mí, se trata de una descripción muy exacta.)

En ese sentido, los conservadores tienden a considerarse descendientes directos de los liberales clásicos. Pero considero que sólo es posible mantener semejante posición desde un punto de vista en extremo superficial, tal como puede verse si se estudian con más atención las ideas fundamentales del pensamiento libertario clásico, que, en mi opinión, nadie ha expuesto con tanta profundidad como Humboldt.

* Las notas están agrupadas a partir de la página 71.

Creo que se trata de cuestiones que tienen gran importancia en la época actual, y por ello, si no les importa que emprendamos lo que podría parecer una excursión arqueológica, me gustaría explayarme acerca de ellas.

Para Humboldt, al igual que para Rousseau y, con anterioridad a éste, para los cartesianos, el atributo fundamental del hombre es su libertad. «Investigar y crear: ésos son los núcleos centrales alrededor de los cuales giran, más o menos directamente, todos los objetivos humanos.»[2] Pero añade: «Toda cultura moral proviene, única y exclusivamente, de la vida interior del alma, y nunca [...] podrá ser producida por medios externos y artificiales. [...] El cultivo del entendimiento, al igual que el de cualquier otra facultad del hombre, se logra, generalmente, por medio de la propia actividad o de la propia inventiva, o de los propios métodos para utilizar los descubrimientos de los demás.»[3]

Humboldt desarrolló una teoría de la educación a partir de esos supuestos, en la que no voy a extenderme porque no es el tema que nos interesa. Pero no fue la única. Desarrolló también una teoría de la explotación y el trabajo

alienado que, en mi opinión, recuerda, en muchos aspectos, las ideas del joven Marx. Humboldt, de hecho, prosigue de la siguiente manera sus comentarios acerca del cultivo del entendimiento por medio de la acción espontánea: «Lo que más siente el hombre como propio es lo que hace; en cierto sentido, muy verdadero, el jardinero tal vez sea más dueño del jardín que trabaja que el indiferente voluptuoso que goza de sus frutos.»[4] Y, dado que la verdadera acción humana es la que procede del impulso interior,

> parece que todos los campesinos y los artesanos podrían ser elevados a la categoría de artistas, es decir, a la categoría de hombres que aman el trabajo por sí mismo, lo mejoran con su genio plástico y su ingenio inventivo y, por consiguiente, cultivan su intelecto, ennoblecen su carácter y exaltan y refinan sus placeres. Y, de ese modo, la humanidad sería ennoblecida por las mismas cosas que ahora, no obstante su belleza intrínseca, a menudo sirven para degradarla. [...] La libertad es, sin duda, la condición indispensable, sin la cual incluso los

> objetivos más apropiados para la naturaleza humana individual nunca conseguirán producir esas influencias saludables. Lo que no procede de la libre elección del hombre, o es sólo el resultado de la instrucción y el asesoramiento, no penetra hasta lo más íntimo de su ser, sino que permanece ajeno a su verdadera naturaleza; no lo realiza con verdaderas energías humanas, sino, meramente, con exactitud mecánica.[5]

Y si un hombre reacciona a las demandas o instrucciones externas de un modo mecánico, y no de una manera determinada por sus propios intereses, energías y facultades, «tal vez admiremos lo que hace al mismo tiempo que despreciemos lo que es».[6]

Según Humboldt, pues, el ser humano ha nacido para investigar y crear, y cuando un hombre, o un niño, decide hacerlo siguiendo los dictados de su propia capacidad para elegir libremente, se convierte, a su manera, en un artista, mientras que, en el caso contrario, no sería más que un simple instrumento de producción o un loro bien amaestrado. Ésta es la esencia de

su concepto de la naturaleza humana. Lo cual, para mí, es muy interesante y revelador si se compara con Marx, con el Marx de sus más tempranos manuscritos, y, en particular, con su concepto de «la alienación provocada por el trabajo cuando éste es algo ajeno al trabajador, [...] no forma parte de su naturaleza, [...] por lo que el trabajador no se siente realizado por la tarea que realiza, sino que la ve como una negación de sí mismo, [...] y termina sintiéndose exhausto físicamente y envilecido mentalmente», con su concepto del trabajo alienado «que hace que algunos trabajadores parezcan volver atrás y se vean obligados a realizar tareas que cabría calificar de bárbaras, y convierte a otros en simples máquinas», por lo que se ven privados «del carácter distintivo de la especie humana», de «una actividad libre y consciente» y de «una vida productiva».[7]

Las ideas de Humboldt recuerdan también las tan conocidas, y tan a menudo citadas, alusiones de Marx a una forma superior de sociedad en la que «el trabajo ya no sería, simplemente, una manera de ganarse el pan, sino la necesidad fundamental de la vida».[8] Y también

recuerdan sus repetidas críticas de los procesos de especialización laboral, «que mutilan al trabajador y lo convierten en un fragmento de hombre, lo degradan al reducirlo al nivel de mero apéndice de una máquina, destruyen todo el encanto que aún conservaba su tarea y la convierten en un trabajo duro y odioso; [...] y reducen las posibilidades de acceso del trabajador a las potencialidades intelectuales del proceso laboral en la misma medida en la que la ciencia se incorpora a él como un poder independiente».[9]

Robert Tucker ha sido uno de los que han subrayado, con toda la razón, que Marx ve al revolucionario más como un productor frustrado que como un consumidor insatisfecho. Y el pensamiento libertario de la Ilustración hace esa misma crítica, mucho más radical, de las relaciones capitalistas de producción, a menudo utilizando un lenguaje idéntico. Por esa razón creo que deberíamos decir que las ideas liberales clásicas, en su esencia, aunque no en la manera como se desarrollaron, son profundamente anticapitalistas. La esencia de estas ideas debe ser destruida para que sirvan como ideología del capitalismo industrial moderno.

Como escribió a finales de la década de 1780 y principios de la de 1790, Humboldt no podía tener idea de las formas que adoptaría el capitalismo industrial. Por consiguiente, en ese texto fundamental del liberalismo clásico hace hincapié en el problema de limitar el poder del *Estado,* pero no le preocupan abiertamente los peligros que conlleva el poder *privado.* Ello es consecuencia de que cree en la esencial igualdad de las condiciones de los ciudadanos privados, y a ella se refiere cuando habla. Y, por descontado, a principios de la década de 1790 no podía imaginarse de qué maneras iba a ser reinterpretada la idea de lo que es una persona privada en la época de las grandes corporaciones capitalistas. No podía prever –cito ahora al historiador anarquista Rudolf Rocker– que «la democracia, con su lema de *igualdad de todos los ciudadanos ante la ley,* y el liberalismo, con el suyo del *derecho del hombre sobre su propia persona* [la cursiva es mía], se hundirían al chocar con los intereses de la forma económica capitalista».[10] Tampoco podía prever que en una depredadora economía capitalista la intervención del Estado sería una necesidad absoluta, a fin de preservar la existencia humana e

impedir la destrucción del entorno físico. Hablo en términos optimistas, evidentemente. Tal como ha indicado, entre otros, Karl Polanyi, el mercado, que siempre obra de acuerdo con sus necesidades, «no podría existir durante un período de tiempo prolongado sin arruinar la sustancia humana y natural de la sociedad; aniquilaría físicamente al hombre y destruiría su entorno por completo».[11] Opino que está en lo cierto. Humboldt tampoco podía prever las consecuencias de la conversión del trabajo en una mercancía, de la doctrina según la cual, de nuevo con palabras de Polanyi, «no es la mercancía la que decide dónde ha de ser puesta a la venta, ni con qué propósito debe ser usada, ni a qué precio ha de permitírsele cambiar de manos, ni de qué modo debe ser consumida o destruida».[12] Pero la mercancía, en este caso, es, evidentemente, la vida humana, y la protección social era, en consecuencia, una necesidad mínima para limitar los efectos irracionales y destructivos del mercado libre clásico. En 1790 Humboldt tampoco podía comprender que las relaciones económicas capitalistas perpetuaban una forma de servidumbre que, en fecha tan temprana como 1767, Simon Linguet ya había ma-

nifestado que era mucho peor que la esclavitud.

Es la imposibilidad de encontrar otro medio de vida lo que obliga a nuestros jornaleros a cultivar unas tierras cuyos frutos no comerán, y a nuestros albañiles a construir unos edificios en los que no vivirán. Es la necesidad la que los lleva a esos mercados en los que esperan la llegada de un amo que tenga la bondad de comprarlos. *Es la necesidad la que los obliga a arrodillarse a los pies del rico para rogarle que les permita enriquecerlo.* [...] ¿Qué ganancia efectiva ha supuesto para ellos la *supresión de la esclavitud?* Debo decir, con tanto dolor como franqueza, que lo único que han ganado ha sido sentirse constantemente atormentados por el miedo a morirse de hambre, una calamidad que, al menos, no caía sobre quienes formaron parte antes que ellos de la clase más baja de la sociedad. [...] Ahora son libres, decimos. Y ésa es, precisamente, su desgracia. [...] Se dice que carecen de amo [...], pero lo tienen, y es el más terrible y el más imperioso de todos: se trata de *la necesi-*

dad. Es ésta la que los reduce a la más cruel dependencia.[13]

Y del hecho de que la servidumbre resulta degradante para la naturaleza humana, tal como afirmaban con vehemencia todos los representantes de la Ilustración, se desprende que hace falta una nueva emancipación, la que Fourier definió como «la tercera, y última, fase emancipadora de la historia» –la primera convirtió a los esclavos en siervos, y la segunda, a éstos en trabajadores retribuidos–, que convertirá a los proletarios en hombres libres al eliminar el carácter de mercancía del trabajo, acabar con la esclavitud de los salarios y someter a las instituciones comerciales, industriales y financieras a un control democrático.[14]

Se trata de cosas que Humboldt no vio, y que no expuso, por lo tanto, en su doctrina liberal clásica, pero creo que habría aceptado esas conclusiones. Por ejemplo, está de acuerdo en que la intervención del Estado en la vida social es legítima «si se corriera el peligro de que la libertad pudiera destruir las condiciones fundamentales sin las cuales son inconcebibles no sólo el

ejercicio de esa libertad, sino la propia existencia humana», que son, precisamente, las circunstancias que surgen en una economía capitalista sin restricciones.[15] Y condena vigorosamente la alienación causada por el trabajo, como muestran los fragmentos de su obra que he citado.

En todo caso, su crítica de la burocracia y del Estado autocrático constituye una elocuente advertencia acerca de algunos de los aspectos más deprimentes de la historia moderna. Y lo más importante de todo es que los fundamentos en los que se basa su crítica son aplicables a un abanico mucho más amplio de instituciones coercitivas que el que él imaginó, en particular, a las del capitalismo industrial.

Aunque se muestre partidario de la doctrina del liberalismo clásico, Humboldt no es un individualista primitivista, al estilo, por ejemplo, de Rousseau. Éste ensalza al salvaje que «vive dentro de sí mismo»,[16] pero la visión de aquél es completamente distinta. Resume sus opiniones así:

> El objetivo fundamental de las ideas y los argumentos expuestos en el presente ensayo podría reducirse, simplemente, a éste: por más

> que se propongan romper todos los constreñimientos que impiden el libre desarrollo de la sociedad humana, desearían encontrar para ella tantos vínculos sociales nuevos como les fuera posible. El hombre aislado es tan incapaz de desarrollarse como el que se encuentra constreñido socialmente.[17]

Y, de hecho, la aspiración de Humboldt es llegar a una comunidad de libre asociación en la que los hombres, liberados de los constreñimientos del Estado o de cualquier otra institución autoritaria, creen, investiguen y alcancen el máximo desarrollo de sus capacidades. En realidad, se adelantó a su tiempo al ofrecer una visión anarquista que tal vez sea apropiada para la próxima etapa de la sociedad industrial. Quizá no debamos perder la esperanza de que llegue el día en el que todas esas corrientes distintas confluyan dentro del marco del socialismo libertario, una forma social que apenas existe en la actualidad, aunque podemos percibir algunos de sus elementos, por ejemplo, en la garantía de los derechos individuales –que ha alcanzado su realización más completa hasta ahora, aunque, la-

mentablemente, presenta muchos fallos, en las democracias occidentales–, o en los kibutz israelíes, o en el experimento de los consejos obreros de Yugoslavia, o en el esfuerzo por despertar la conciencia democrática y crear un nuevo compromiso con el proceso social, que constituye un componente fundamental de las revoluciones del Tercer Mundo y coexiste incómodamente con injustificables prácticas autoritarias.

En resumen, la primera concepción del Estado que quiero establecer como punto de referencia es la del liberalismo clásico. Su doctrina es que las funciones del Estado deben ser limitadas drásticamente. Pero esta familiar caracterización es muy superficial. En un sentido más profundo, el punto de vista liberal clásico se desarrolla a partir de una determinada idea de la naturaleza humana, que hace hincapié en la importancia de la diversidad y la libertad de creación; por lo tanto, ese punto de vista se opone de un modo fundamental al capitalismo industrial, con su esclavitud de los salarios, su trabajo alienante y sus principios jerárquicos y autoritarios de organización social y económica. En su forma ideal, al menos, el pensamiento liberal clásico se opone a

los conceptos del individualismo posesivo, que son inherentes a la ideología capitalista. Por esa razón el pensamiento liberal clásico trata de eliminar los constreñimientos sociales y reemplazarlos por vínculos sociales, no por la avaricia competitiva ni el individualismo depredador, y mucho menos aún por los grandes imperios corporativos, sean estatales o privados. Por consiguiente, me parece que el pensamiento libertario clásico conduce directamente al socialismo libertario, o al anarquismo, si así lo prefieren, cuando se combina con una idea clara de lo que es el capitalismo industrial.

El segundo punto de vista del que quiero hablar es la visión socialista libertaria del Estado. Un escritor francés que simpatizaba con el anarquismo escribió en cierta ocasión que «el anarquismo tiene anchas espaldas; como el papel, lo soporta todo».[18] Hay muchas variedades de anarquismo, pero aquí sólo me ocuparé de una, la de Bakunin, que en su manifiesto de 1865 escribió que, para ser anarquista, hay que ser primero socialista. También me ocuparé del anarquismo de Adolph Fischer, uno de los mártires del caso Haymarket,* quien dijo que «todos los

* El 4 de mayo de 1886 hubo disturbios en la plaza Haymarket de Chicago cuando la policía trató de disper-

anarquistas son socialistas, pero no todos los socialistas son necesariamente anarquistas».[19] Un anarquista coherente debe oponerse a la propiedad privada de los medios de producción. Semejante clase de propiedad es, evidentemente, como dijo Proudhon en su famosa afirmación, una forma de robo.[20] Pero un anarquista coherente también debe oponerse a «la organización de la producción por el gobierno. Ello significa el socialismo de Estado, es decir, el mando de los funcionarios del Estado en los procesos de producción, y el mando de los directores, los investigadores y los encargados en la fábrica. [...] El objetivo de los trabajadores es liberarse de la explotación. Ese objetivo no se alcanza, y nunca podrá alcanzarse, si una nueva clase gobernante y directiva sustituye a la burguesía. Sólo se alcanzará si son los trabajadores los que dirigen y

---

sar una manifestación de protesta organizada por trabajadores anarquistas. Como consecuencia del lanzamiento de una bomba, murieron siete policías, y otros setenta resultaron heridos. Fueron detenidos ocho dirigentes anarquistas, cuatro de los cuales, entre los que figuraba Adolph Fischer, murieron ahorcados, mientras que los restantes recibieron diversas condenas. *(N. del T.)*

organizan los procesos de producción mediante consejos obreros».[21] Esta cita es del marxista de izquierdas Anton Pannekoek. Resulta importante, en mi opinión, que el marxismo radical –lo que Lenin calificó de ultraizquierdismo infantil–[22] converja con las corrientes anarquistas. Permítanme que dé una nueva ilustración de esa convergencia entre el marxismo izquierdista y el anarquismo socialista. Consideren la siguiente caracterización del «socialismo revolucionario»:

> Los socialistas revolucionarios afirman que la propiedad estatal de los procesos de producción sólo puede conducir a un despotismo burocrático. Ya hemos visto por qué el Estado no puede controlar democráticamente la industria. Ésta sólo puede ser poseída y controlada de un modo democrático por los trabajadores si éstos eligen de manera directa, en sus propias filas, a los miembros de los comités administrativos industriales. El socialismo será, fundamentalmente, un sistema industrial, y sus distritos electorales tendrán un carácter industrial. Por ello quienes lleven a cabo las actividades sociales e industriales en el seno de la socie-

dad tendrán representación directa en los consejos industriales local y central de la administración social. De ese modo los poderes de los delegados así elegidos emanarán de quienes realizan el trabajo y están al corriente de las necesidades de la comunidad. En las reuniones del comité central que administre la industria estarán representadas todas las fases de la actividad social. Por consiguiente, el Estado capitalista político o geográfico será reemplazado por el comité que administre la industria del socialismo. La transición de un sistema social al otro será la *revolución social.* El concepto de Estado político ha significado, a lo largo de la historia, el gobierno *de los hombres* por unas clases dirigentes; la república del socialismo será el gobierno *de la industria* administrado en provecho de toda la comunidad. Aquél significa la sujeción política y económica de la mayoría, mientras que ésta significará la libertad económica de todos y será, en consecuencia, una verdadera democracia.[23]

Esta cita procede de un libro de William Paul titulado *The State: Its Origins and Function*

y escrito a principios de 1917, poco antes de que apareciera *El Estado y la revolución,* de Lenin, que es su obra más libertaria.

William Paul fue uno de los fundadores del Partido Comunista Británico, y más tarde dirigió su órgano oficial. Es interesante que su crítica del socialismo de Estado recuerde –muchísimo, en mi opinión– la doctrina libertaria de los anarquistas, sobre todo, en el principio de que el Estado debe desaparecer, para ser reemplazado por la organización industrial de la sociedad, mediante una revolución social. Proudhon escribió en 1851 que la organización industrial debería ocupar el lugar del gobierno, y podrían citarse muchas opiniones similares. Ésa es, en esencia, la idea fundamental de los anarquistas revolucionarios.

Pero, más importante aún que el hecho de que se hayan manifestado tantas opiniones en su favor, es el de que esas ideas hayan sido puestas en práctica varias veces por acciones revolucionarias espontáneas, por ejemplo, en Alemania e Italia después de la Primera Guerra Mundial, y en Cataluña en 1936.

Podría argüirse, o, al menos, yo lo hago, que el comunismo organizado en consejos y co-

mités –en el sentido de la larga cita que acabo de leer– es la forma natural de socialismo revolucionario en una sociedad industrial. Refleja la idea intuitiva de que la democracia es, en gran medida, un fraude, cuando el sistema industrial es controlado por cualquier forma de élite autocrática, ya se trate de propietarios, directores, tecnócratas, partidos de vanguardia, burocracias estatales o lo que sea. Cuando se dan unas condiciones de dominio autoritario, los ideales liberales clásicos, que también son defendidos por Marx, Bakunin y todos los verdaderos revolucionarios, no se pueden realizar. En otras palabras, los seres humanos no serán libres para investigar y crear, para desarrollar hasta el máximo todas sus capacidades potenciales; el trabajador seguirá estando degradado, seguirá siendo un fragmento de hombre, una herramienta en el proceso productivo dirigido desde arriba. En este sentido, las ideas del socialismo libertario revolucionario apenas han tenido influencia en las sociedades industriales de los últimos cincuenta años. Las ideologías dominantes en ellas han sido la del socialismo de Estado y la del capitalismo de Estado.

Sin embargo, desde hace un par de años han resurgido de un modo que resulta muy interesante. Las citas de las tesis de Anton Pannekoek han sido tomadas de un número reciente de una revista editada por un grupo radical de trabajadores franceses,[24] y las observaciones de William Paul acerca del socialismo revolucionario son citadas en un trabajo presentado por Walter Kendall a la Conferencia Nacional sobre Control Obrero convocada en Sheffield, Inglaterra, en marzo de 1969.[25]

Ambos grupos tienen una notoria importancia. Sobre todo, el movimiento inglés en favor del control obrero, que, según tengo entendido, en los últimos años se ha desarrollado hasta convertirse en una fuerza notablemente significativa. Forman parte de él algunos de los principales sindicatos, como el de Mecánicos y Fundidores, el segundo de Inglaterra, si no me equivoco, por su número de afiliados, el cual ha hecho de esos principios sus ideas fundamentales. El movimiento inglés en favor del control obrero ha convocado una serie de conferencias, las cuales han tenido gran éxito y han sido recogidas en una interesante colección de opúsculos.

Y en el continente ha habido actividades paralelas. Los acontecimientos ocurridos en Francia en mayo de 1968 incrementaron el ya creciente interés por el comunismo organizado en consejos y comités e ideas similares, así como por otras formas de socialismo libertario, en Francia, Alemania e Inglaterra. Dado el tono general conservador de nuestra altamente ideológica sociedad, no es de extrañar que los Estados Unidos hayan quedado relativamente al margen de esas corrientes. Pero esta situación podría cambiar. La erosión de la mitología de la guerra fría hace posible, al menos, debatir esas cuestiones. Y si fuera posible rechazar la actual oleada de represión, y la izquierda superara sus tendencias más suicidas y procurara consolidarse aprovechando los logros de la pasada década, el problema de cómo organizar la sociedad industrial sobre bases verdaderamente democráticas, con control democrático tanto de los centros de trabajo como de las comunidades, podría convertirse en la cuestión intelectual dominante para quienes son sensibles a los problemas de la sociedad contemporánea. Y si surge un movimiento de masas en favor del socialismo revolucionario libertario,

como espero, la especulación deberá ceder el paso a la acción.

Puede parecer quijotesco, actualmente, agrupar al marxismo de izquierdas y al anarquismo bajo la misma rúbrica, como acabo de hacer, dada la constante oposición, durante el último siglo, entre marxistas y anarquistas, que se inició con el antagonismo entre Marx y Engels, por un lado, y, por ejemplo, Proudhon y Bakunin, por el otro. En el siglo XIX sus diferencias con respecto de la cuestión del Estado resultaban significativas, pero, hasta cierto punto, eran tácticas. Los anarquistas estaban convencidos de que el capitalismo y el Estado debían ser destruidos juntos. En una carta escrita en 1883 Engels expresó su oposición a esa idea en los siguientes términos:

> Los anarquistas quieren comenzar la casa por el tejado. Afirman que la revolución proletaria debe *empezar* destruyendo la organización política del Estado. [...] Pero destruirla en ese preciso momento representaría destruir el único organismo por medio del cual el proletariado victorioso podría ejercer su recién conquistado poder, mantener a raya a sus ad-

versarios capitalistas y llevar a cabo la revolución económica de la sociedad, sin la cual su victoria se convertiría indefectiblemente en una nueva derrota que traería consigo una matanza de trabajadores, de modo similar a lo que ocurrió tras la Comuna de París.[26]

Ahora bien, creo justo recordar que la Comuna de París representaba las ideas del socialismo libertario, o del anarquismo, si lo prefieren, y que Marx, como cabía esperar, escribió acerca de ella con gran entusiasmo. De hecho, la experiencia de la Comuna lo llevó a modificar su concepto del papel del Estado y a adoptar una perspectiva que cabría calificar de más anarquista con respecto a la naturaleza de la revolución social, como puede verse, por ejemplo, en la introducción a la edición de 1872 del *Manifiesto comunista*.[27]

Bien, la Comuna, como sabemos, fue ahogada en sangre, al igual que las comunas anarquistas de España fueron destruidas por los ejércitos fascistas y comunistas. Y podría argüirse que unas estructuras más dictatoriales tal vez hubieran podido defender a la revolución contra

esas fuerzas. Pero lo dudo mucho. En el caso de España, al menos, creo que una política libertaria más coherente habría sido la única defensa posible de la revolución. Esta opinión puede ser rebatida, sin duda, y, como se trata de una cuestión que podría alargarse mucho, no quiero entrar en ella, pero me parece evidente, por lo menos, que, después de todo lo ocurrido durante los últimos cincuenta años, hay que ser muy inocente para no ver lo cargadas de razón que estaban las repetidas advertencias de Bakunin acerca de que la «burocracia roja» resultaría ser «la mentira más vil y más peligrosa de nuestro siglo».[28] En 1870 afirmó: «Coged al más radical de los revolucionarios y colocadlo en el trono de todas las Rusias o dadle poderes dictatoriales [...] y antes de que acabe el año será peor que el propio zar.»[29]

No era Bakunin el único lo bastante perspicaz para ver claras las cosas a ese respecto, y sus advertencias fueron reiteradamente repetidas por la izquierda. Por ejemplo, en la década de 1890, el anarcosindicalista Fernand Pelloutier se preguntaba: «¿Acaso no hay más remedio que seguir soportando la existencia del Estado du-

rante la transición, o es inevitable que éste sea una cárcel colectivista? ¿No podría consistir durante ese período, una vez abolidas todas las instituciones políticas, en una serie de organizaciones libertarias que se ocuparan exclusivamente de las necesidades de la producción y el consumo?»[30]

No pretendo saber las respuestas a esas preguntas, pero creo que resulta patente que, a menos que sean positivas, las posibilidades de llevar a cabo una revolución verdaderamente democrática que haga realidad los ideales filantrópicos de la izquierda son, a decir verdad, más bien escasas. Creo que Martin Buber expuso el problema de manera muy clara y sucinta cuando dijo: «Dada la naturaleza de las cosas, no es posible esperar que dé hojas un arbolillo que ha sido convertido en un garrote.»[31] Por este motivo, la existencia de un poderoso movimiento revolucionario en los Estados Unidos resulta esencial para que haya unas posibilidades razonables de cambio social democrático de carácter radical en cualquier lugar del mundo capitalista. Y opino que lo mismo puede decirse, sin la menor duda, con respecto al imperio ruso.

Hasta el fin de sus días Lenin hizo hincapié en la idea de que «en el marxismo hay una verdad fundamental, y es la de que la victoria del socialismo exige los esfuerzos conjuntos de los trabajadores de cierto número de países avanzados».[32] Como mínimo, exige que presiones domésticas en los grandes centros del imperialismo mundial impidan que realicen intervenciones contrarrevolucionarias. Sólo ello permitiría que una revolución aboliera las instituciones coercitivas de su propio Estado e intentara poner la economía bajo un control democrático directo.

Permítanme que, de nuevo, haga un breve resumen. Hasta ahora, he mencionado dos puntos de referencia para la discusión acerca del Estado: el liberalismo clásico y el socialismo libertario. Ideológicamente, coinciden en que las funciones del Estado son represivas y hay que poner límites a su acción. El socialismo libertario va más adelante al insistir en que el poder del Estado debe ser abolido para favorecer una organización democrática de la sociedad industrial, con control popular directo de todas las instituciones por parte de cuantos participan en su actividad o se ven directamente afectados por ésta. Por consiguien-

te, podríamos imaginar un sistema de consejos obreros, consejos de consumidores, asambleas comunales, federaciones regionales y así sucesivamente, en el cual la representación sería directa y revocable, en el sentido de que los representantes serían elegidos directamente por los miembros del grupo bien definido e integrado del que formarían parte para hablar en su nombre en alguna organización de rango superior, y responderían ante ellos también directamente, un sistema de representación, sin duda, muy distinto del actual.

ARGUMENTOS EN CONTRA

Es razonable preguntarse si sería posible establecer una estructura social semejante en una sociedad compleja y altamente tecnológica. Hay argumentos en contra de esa posibilidad, los cuales, en mi opinión, pueden agruparse en dos categorías principales. La primera es que una organización así es contraria a la naturaleza humana, y la segunda, que resultaría incompatible con las exigencias de la eficacia. Voy a ocuparme brevemente de ambas.

Consideremos el primer argumento en contra, el de que una sociedad libre es contraria a la naturaleza humana. A menudo se plantea la cuestión de si la gente quiere realmente ser libre, y hacer frente a las responsabilidades que ello impli-

ca, o prefiere ser gobernada por un dueño benevolente. Y, en consecuencia, para defender sus tesis, los partidarios de la actual distribución del poder han recurrido a diversas versiones de la idea del esclavo feliz. Hace doscientos años Rousseau ya denunciaba a los políticos y los intelectuales sofistas que buscaban la manera de ocultar el hecho, evidente para él, de que la propiedad esencial y definitoria de los seres humanos es su libertad: «Atribuyen al hombre una inclinación natural hacia la servidumbre [...] sin pensar que con la libertad pasa lo mismo que con la inocencia y con la virtud: sólo las valoramos en lo que valen mientras las poseemos, y el gusto por ellas desaparece en cuanto las perdemos».[33] Como prueba de esa doctrina aduce las maravillosas gestas realizadas por todos los pueblos libres para defenderse de la opresión. Es cierto, dice, que quienes han abandonado la vida de los libres

> no hacen más que presumir sin cesar de la paz y el descanso de que disfrutan gracias a sus cadenas. [...] Pero cuando veo que otros sacrifican placeres, tranquilidad, riquezas e incluso la propia vida a fin de preservar ese bien tan

> desdeñado por los que lo han perdido [...] cuando veo a multitudes de salvajes desnudos despreciar la voluptuosidad europea y soportar el hambre, el fuego, la espada y la muerte para preservar su independencia, pienso que no es competencia de los esclavos razonar acerca de la libertad.[34]

Un comentario al que, probablemente, podríamos dar una interpretación contemporánea.

Pensamientos muy similares expresó Kant cuarenta años más tarde. No podía aceptar, dijo, la proposición de que ciertas personas «no estaban maduras para la libertad», por ejemplo, los siervos de algunos grandes hacendados.

«Si se acepta ese supuesto, la libertad nunca se conseguirá, porque es imposible llegar a la madurez que permita gozar de ella sin haberla conseguido antes; hay que ser libre para aprender a hacer uso de las propias capacidades con libertad y de un modo provechoso. Los primeros intentos, seguramente, serán brutales y conducirán a una situación más dolorosa y peligrosa que la anterior, bajo el dominio, pero también la protección, de una autoridad externa. Y, sin

embargo, sólo es posible conseguir la capacidad de razonar mediante las *propias* experiencias, y hay que ser libre para poderlas llevar a cabo. [...] Aceptar el principio de que la libertad no ha sido hecha para quienes están bajo nuestro dominio, y considerar que podemos negársela para siempre, contraviene la ley de Dios, que ha creado al hombre para que sea libre.»[35]

Estas observaciones, en particular, son relevantes, asimismo, a causa de su contexto. Kant defendió la Revolución francesa durante el Terror contra quienes afirmaban que era una demostración de que las masas no estaban listas para el privilegio de la libertad. Y, en mi opinión, también tienen relevancia en nuestra época. Nadie que piense de un modo racional puede aprobar la violencia y el terror, y menos aún el terror imperante en los Estados posrevolucionarios que han caído en las manos de una deprimente autocracia y han alcanzado más de una vez indescriptibles niveles de salvajismo. Pero, al mismo tiempo, todos aquellos que piensan de un modo racional, por humanitarios que sean, no dejarán de comprender los estallidos de violencia que suelen ocurrir cuando las masas largo

tiempo sometidas se alzan contra sus opresores o dan los primeros pasos en el camino de la libertad y la reconstrucción social.

Humboldt, pocos años antes que Kant, expresó un punto de vista muy similar. También dijo que la libertad y la posibilidad de elegir son condiciones previas para que los seres humanos puedan realizarse como tales.

> Nada favorece tanto la consecución de ese estado de madurez que permite gozar de la libertad como la propia libertad. Tal vez esta verdad no sea aceptada por quienes tan a menudo han aducido la falta de madurez como excusa para continuar la represión. Pero, en mi opinión, se deduce de manera incuestionable de la propia naturaleza del hombre. La incapacidad para gozar de la libertad sólo puede proceder de una falta de capacidad moral e intelectual, y fomentar esa capacidad es la única manera de compensar semejante carencia; pero hacerlo presupone ejercitar esa capacidad, y ese ejercicio presupone la libertad que despierta la actividad espontánea.[36]

«Es razonable sospechar», añade, «[que quienes no comprenden esa verdad] juzgan de manera errónea la naturaleza humana y desean convertir a los hombres en máquinas.»[37]

Las fraternas y comprensivas críticas que hizo Rosa Luxemburg de la ideología y las prácticas bolcheviques fueron expresadas en términos muy semejantes. Sólo la activa participación de las masas en el autogobierno y la reconstrucción social podrían conseguir lo que describió como la completa transformación espiritual de aquéllas, degradadas por siglos de dominio de la burguesía, del mismo modo que sólo su experiencia creativa y su acción espontánea podrían resolver los innumerables problemas que planteaba crear una sociedad socialista libertaria. Y afirmó que, «desde un punto de vista histórico, los errores cometidos por un movimiento verdaderamente revolucionario son infinitamente más provechosos que la infalibilidad del más inteligente de los comités centrales».[38] En mi opinión, la actitud a la que hace referencia esta última observación no se encuentra demasiado lejos de la ideología, hasta cierto punto paralela, de la «corporación con alma», que, en la actualidad, es bastante po-

pular entre ciertos intelectuales estadounidenses, por ejemplo, Carl Kaysen, que escribió:

> La dirección ya no se ve a sí misma como un agente de los propietarios que sólo busca maximizar los beneficios de sus inversiones, sino que se considera responsable ante los accionistas, los empleados, los clientes, el público en general y, tal vez lo más importante, la empresa en cuanto institución [...] ya no hay manifestaciones de ambición ni de codicia; ya no hay intentos de hacer recaer sobre los trabajadores o la comunidad la mayor parte de los costos sociales de la empresa. La corporación moderna es una corporación con alma.[39]

De modo similar, el partido de vanguardia es un partido con alma, y, en ambos casos, quienes instan a los hombres a someterse al dominio de esas benevolentes autocracias pueden ser acusados justamente, en mi opinión, de «desear convertir a los hombres en máquinas».

Ahora bien, no creo posible, por el momento, demostrar de manera científica que el punto de vista expuesto por Rousseau, Kant, Hum-

boldt, Luxemburg y muchos otros pensadores sea el correcto. Sólo es posible evaluarlo en términos de experiencia e intuición. También puede hacerse hincapié en las consecuencias sociales que se derivan de adoptar el punto de vista de que los hombres han nacido para ser libres o, por el contrario, el de que han nacido para ser gobernados por autócratas benevolentes.

¿Y qué podemos decir del segundo argumento en contra, la cuestión de la eficacia? ¿Es incompatible con ella el control democrático del sistema industrial hasta su más pequeña unidad funcional? Esa incompatibilidad se aduce con frecuencia y basándola en muy diversas razones. Hay quienes afirman, por ejemplo, que la dirección centralizada es un imperativo tecnológico, un argumento que, en mi opinión, resulta muy débil si se examina atentamente. La misma tecnología que proporciona información relevante al consejo de administración se la puede proporcionar en el momento en el que sea necesario a cualquier miembro del personal. La tecnología actual, que es capaz de eliminar las tareas embrutecedoras que convierten a los trabajadores en meras herramientas especializadas del proceso de

producción, les facilita, en principio, gozar del ocio y las oportunidades educativas que les permitirán usar esa información de una manera racional. Y, además, incluso una élite que «rezume alma» –utilizando una frase de Ralph Miliband– se ve obligada, por el sistema del que forma parte, a organizar la producción para unos fines determinados, los cuales, dada la naturaleza del caso que nos ocupa, pueden ser el dominio del mercado, el crecimiento o el beneficio, pero no las necesidades humanas, unas necesidades que, en un grado que resulta cada vez más crítico, sólo pueden ser expresadas en términos colectivos.[40] En cambio, sería posible, e incluso probable, que las decisiones tomadas de modo colectivo reflejaran tanto las necesidades y los intereses humanos, en general, como los de diversas élites con alma.

En todo caso, resulta más bien difícil tomarse en serio los argumentos acerca de la eficacia en una sociedad que dedica enormes recursos al despilfarro y la destrucción. Como es bien sabido, el propio concepto de eficacia rezuma ideología. La maximización de las mercancías no es, ni mucho menos, la única medida de una existencia decente.

EL SOCIALISMO DE ESTADO Y EL CAPITALISMO DE ESTADO

Para terminar, permítanme que considere el tercero y el cuarto puntos de referencia que he mencionado al principio: el bolchevismo –o socialismo de Estado– y el capitalismo de Estado. Como he intentado sugerir, tienen puntos en común, y, en algunos aspectos muy interesantes, difieren del ideal liberal clásico y de su posterior evolución hasta convertirse en el socialismo libertario. Dado que me ocupo de nuestra sociedad, permítanme que haga unas observaciones, bastante elementales, acerca del papel del Estado, de su probable evolución y de los supuestos ideológicos que acompañan a esos fenómenos y, a veces, los disfrazan. Para empezar, podemos distinguir dos sistemas de poder: el político y el

económico. El primero lo constituyen, en principio, unos representantes que elige el pueblo para que decidan la política pública; el segundo, también en principio, es un sistema de poderes privados –un sistema de imperios privados– que están exentos del control del pueblo, excepto en aquellos aspectos remotos e indirectos en los que incluso una nobleza feudal o una dictadura totalitaria deben responder a la voluntad popular. Esa organización de la sociedad tiene varias consecuencias inmediatas. La primera es que, de una manera muy sutil, induce a gran parte de la población, sometida a decisiones arbitrarias tomadas desde arriba, a aceptar la mentalidad autoritaria. Y, en mi opinión, eso tiene un efecto muy profundo sobre el carácter general de nuestra cultura, que se manifiesta en la creencia de que hay que obedecer órdenes arbitrarias y plegarse a las decisiones de la autoridad. Y, también en mi opinión, uno de los hechos más notables y apasionantes de los últimos años ha sido la aparición de movimientos juveniles que se enfrentan a esas pautas de conducta autoritaria e incluso empiezan a resquebrajarlas.

La segunda consecuencia importante de esa

organización de la sociedad es que el ámbito de las decisiones sujetas, en teoría, al menos, al control democrático popular es muy reducido. Por ejemplo, en principio, quedan excluidas legalmente de él las instituciones fundamentales de cualquier sociedad industrial avanzada, es decir, los sistemas comercial, industrial y financiero en su totalidad.

Y la tercera consecuencia importante es que, incluso dentro del reducido ámbito de las cuestiones que se hallan sometidas, en principio, a la toma de decisiones democrática, los centros privados de poder pueden ejercer, como bien sabemos, una influencia desproporcionadamente grande utilizando métodos que resultan obvios, como el control de los medios de comunicación o de las organizaciones políticas, o, de un modo más sencillo y directo, por el simple hecho de que, habitualmente, las figuras más destacadas del sistema parlamentario proceden de ellos. El reciente estudio realizado por Richard Barnet acerca de las cuatrocientas personas que han decidido las políticas del sistema nacional de seguridad estadounidense desde el final de la Segunda Guerra Mundial demuestra que la mayor

parte de ellas «procedían de despachos de altos ejecutivos o bufetes de abogados situados en quince edificios –que se hallaban a tan poca distancia los unos de los otros que esas personas hubieran podido llamarse a gritos– repartidos por Nueva York, Washington, Detroit, Chicago y Boston».[41] Y todos los demás estudios al respecto llegan a las mismas conclusiones.

En resumen, en el mejor de los casos el sistema democrático tiene un ámbito de actuación muy reducido en la democracia capitalista, e incluso dentro de ese ámbito tan reducido su funcionamiento se ve tremendamente obstaculizado por las concentraciones de poder privado y por las maneras de pensar autoritarias y pasivas que inducen a adoptar las instituciones autocráticas, como las industrias. Aunque sea una perogrullada, hay que subrayar constantemente que el capitalismo y la democracia, en último extremo, son incompatibles. Creo que un estudio cuidadoso de la materia reforzará aún más esa conclusión. Tanto en el sistema político como en el industrial tienen lugar procesos de centralización del control. Por lo que al sistema político se refiere, en todos los sistemas parlamentarios, y el

nuestro no es una excepción, el papel de las cámaras en la toma de decisiones políticas ha menguado desde la Segunda Guerra Mundial. En otras palabras, la importancia del poder ejecutivo ha ido aumentando en la misma medida en la que eran cada vez más significativas las funciones de planificación del Estado. Hace un par de años el Comité de las Fuerzas Armadas de la Cámara de Representantes describió el papel del Parlamento estadounidense como el de «un tío a veces gruñón, aunque en el fondo bondadoso, que se queja mientras da furiosas caladas a su pipa, pero que al final, como todo el mundo esperaba, cederá [...] y concederá el dinero que se le pide».[42]

Un estudio cuidadoso de las decisiones civiles y militares tomadas desde la Segunda Guerra Mundial demuestra que esa descripción es, básicamente, correcta. Hace veinte años, el senador Vandenberg manifestó su preocupación ante la posibilidad de que el presidente de los Estados Unidos pudiera convertirse «en el principal señor de la guerra del mundo».[43] Eso ya ha ocurrido. Lo demuestra la decisión de iniciar la escalada militar en Vietnam, tomada en febrero de

1965 y que despreciaba cínicamente la voluntad expresada por el electorado. Ese incidente hace patente con toda claridad el papel del pueblo en la toma de decisiones acerca de la guerra y de la paz, así como acerca de las líneas principales de la política general; y también hace patente la irrelevancia de la política electoral a la hora de tomar decisiones de política nacional.

Por desgracia, no se puede *echar* a los cínicos del poder, en primer lugar porque *nadie* los ha votado para que lo ejerzan. Los altos cargos de la administración estadounidense son ocupados mayoritariamente por personas procedentes de los bufetes importantes y de los consejos de administración de las grandes corporaciones e instituciones similares (asistidas cada vez más por una clase dirigente formada en la universidad), las cuales permanecen en el poder con independencia de cuál sea nuestro voto. Y, además, es importante tener en cuenta que esa élite gobernante tiene muy claro su papel social. Tomemos, por ejemplo, a Robert McNamara, una persona ampliamente elogiada en los círculos liberales por su humanidad, su capacidad técnica y su campaña para controlar a los militares.

Considero que sus opiniones acerca de la organización social son muy reveladoras. «La toma de decisiones vitales, [...] en particular en cuestiones de política, debe seguir estando en manos de la cúpula dirigente», afirma. Y prosigue de un modo que parece sugerir que ello es así por mandato divino:

> Dios [...] es, sin lugar a dudas, democrático. Distribuye la inteligencia de modo universal, pero, muy justificadamente, espera que hagamos algo eficaz y constructivo con tan inapreciable don. Y ésa es la tarea de la gestión. [...] La gestión es, si bien se mira, la más creativa de las artes, pues su medio es el propio talento humano. El verdadero peligro para la democracia procede [...] de la mala gestión. [...] Gestionar mal la realidad es ponerle trabas que le impidan ser libre por completo. Es, simplemente, permitir que cualquier fuerza que no sea la razón conforme la realidad. [...] Si no es la razón la que gobierna al hombre, éste no podrá alcanzar todas sus capacidades potenciales.[44]

Así pues, la razón debe ser identificada con la centralización de la toma de decisiones en una cúpula dirigente formada por gestores. La participación popular en la toma de decisiones es un peligro para la libertad, una violación de la razón. La razón está encarnada en unas instituciones autocráticas, gobernadas por unos pocos.

Reforzar esas instituciones, en cuyo seno es donde más eficazmente puede alcanzar el hombre todas sus capacidades potenciales, es, según Robert McNamara, «la gran aventura humana de nuestra época».[45]

Todo esto, que nos resulta vagamente familiar, es, para mí, la expresión más auténtica de las opiniones de la intelectualidad técnica, de la intelectualidad liberal, de las élites tecnocráticas que dirigen las grandes corporaciones en la sociedad moderna. Hay un proceso paralelo de centralización de la vida económica. Un reciente informe de la Comisión Federal de Comercio subraya que «a finales de 1968, las doscientas corporaciones industriales más importantes controlaban cerca del sesenta por ciento de los activos de todas las corporaciones manufactureras». A principios de la Segunda Guerra Mundial esos

activos eran compartidos por un millar de corporaciones. El informe subraya también que una pequeña élite industrial de grandes conglomerados corporativos se está haciendo con el control del mercado estadounidense y está acabando con la libre competencia.[46]

Pero aún hay más: esas doscientas corporaciones están parcialmente unidas entre sí y con otras corporaciones de tal manera que pueden obstaculizar o impedir la toma de decisiones independientes que puedan repercutir en el mercado.

Lo único nuevo acerca de esas observaciones es su fuente: la Comisión Federal de Comercio. Son ya familiares, hasta el punto de haberse vuelto un lugar común entre los estudiosos de la sociedad estadounidense que pertenecen a la izquierda liberal.

La centralización del poder también tiene dimensiones internacionales. Se ha subrayado que –cito de *Foreign Affairs*– «tomando como base el valor bruto de su producción, las empresas estadounidenses en el extranjero, en conjunto, constituyen la tercera economía [...] mundial, con un producto bruto mayor que el de

cualquier país, exceptuando los Estados Unidos y la Unión Soviética».[47]

Dadas las tendencias actuales, dentro de una década más de la mitad de las exportaciones británicas procederán de empresas de propiedad estadounidense, y se trata de unas inversiones muy concentradas. Tres empresas, las tres estadounidenses, realizan el cuarenta por ciento de las inversiones directas en Alemania, Francia y Bélgica. George Ball ha explicado que el proyecto de constituir una economía mundial integrada dominada por el capital estadounidense –un imperio, en otras palabras– no es un sueño idealista, sino una sensata predicción. Es un papel al que, según él, «nos hemos visto empujados por los imperativos de nuestra propia economía», y el principal instrumento para hacerlo realidad es la corporación multinacional. En opinión de Ball, gracias a esas corporaciones multinacionales ahora es posible utilizar los recursos mundiales con la «máxima eficiencia». Las corporaciones multinacionales, sigue diciendo, se benefician de la movilización de los recursos del gobierno federal y del hecho de operar en todo el mundo y en todos los mercados, y, en caso de necesidad, cuen-

tan con el apoyo de las fuerzas armadas estadounidenses.[48]

No es difícil adivinar adónde irán a parar los beneficios que produzca la economía mundial integrada, que constituye el campo de operaciones de esas instituciones económicas internacionales con base en los Estados Unidos.

Bueno, ha llegado el momento de que saquemos a colación el espectro del comunismo. ¿Qué amenaza representa el comunismo para ese sistema? Para obtener una respuesta clara y coherente, podemos recurrir a un extenso estudio llevado a cabo por la Fundación Woodrow Wilson y la Asociación Nacional de Planificación y publicado con el título *The Political Economy of American Foreign Policy*. Se trata de un libro muy importante. Fue compilado por un grupo de autores representativo de la reducida élite que decide, en realidad, las políticas públicas que seguirán aquellos que estén técnicamente en el poder. De hecho, podría ser considerado un manifiesto de las clases dirigentes estadounidenses. Consideran que la principal amenaza que representa el comunismo es la transformación de la economía de las naciones comunistas «de tal manera que dismi-

nuyen su voluntad y su capacidad para complementar las economías industriales de Occidente».[49] Ésa es la principal amenaza que representa el comunismo. Resumiendo, el comunismo hace que disminuyan la capacidad y la voluntad de los países subdesarrollados para integrarse en la economía capitalista mundial del mismo modo que, por ejemplo, las Filipinas, en las que se desarrolló una economía colonial de tipo clásico tras setenta y cinco años de dominio primero y tutela después por parte de los Estados Unidos. Esa doctrina explica por qué la economista británica Joan Robinson describe la cruzada estadounidense contra el comunismo como una cruzada contra el desarrollo.

La ideología de la guerra fría y la conspiración comunista internacional tienen un papel muy importante en el aparato propagandístico destinado a obtener apoyos para esa empresa imperial a largo plazo en este momento histórico particular. De hecho, creo que ésa es la principal función de la guerra fría: es un instrumento muy eficaz para que tanto los dirigentes estadounidenses como los soviéticos controlen a las poblaciones de sus respectivos sistemas impe-

riales. Creo que la persistencia de la guerra fría puede explicarse, en buena parte, por su utilidad para los dirigentes de los dos grandes sistemas mundiales.

Aún queda por añadir a ese cuadro un elemento final: se trata de la creciente militarización de la sociedad estadounidense. ¿Por qué razones se ha dado ese fenómeno? Para saberlas, basta con volver la vista atrás, a la Segunda Guerra Mundial, y recordar que antes de que estallara nos hallábamos sumidos, evidentemente, en la Gran Depresión. La Segunda Guerra Mundial enseñó una importante lección económica: enseñó la lección de que la producción incentivada por el gobierno en una economía controlada centralmente con el mayor cuidado podía contrarrestar los efectos de la depresión. Creo que eso era lo que pensaba Charles E. Wilson en 1944, cuando propuso que tuviéramos «una economía de guerra permanente» en el mundo de la posguerra.[50] El problema es que, en una economía capitalista, el gobierno tiene muy pocas maneras de intervenir. No puede competir con los imperios privados, por ejemplo, lo cual quiere decir que no puede incentivar ninguna

producción útil. De hecho, ha de incentivar la producción de artículos de lujo, no la de capital, ni la de bienes de consumo, que serían competitivas. Y, por desgracia, sólo hay una categoría de artículos de lujo que pueden ser producidos indefinidamente, envejecen con rapidez y se estropean con facilidad, y a cuyo uso, además, nadie pone límites. Todos sabemos cuál es esa categoría: la producción militar.

Esta cuestión es explicada muy acertadamente por el historiador de la economía Alfred Chandler. He aquí cómo describe las lecciones económicas de la Segunda Guerra Mundial:

> El gobierno gastó muchísimo más de lo que el más entusiasta partidario del New Deal había propuesto nunca. La mayor parte de lo producido mediante ese gasto quedó destruido o abandonado en los campos de batalla de Europa y Asia. Pero el aumento de la demanda resultante hizo que la nación experimentara un período de prosperidad como nunca había visto antes. Además, pertrechar a los grandes ejércitos y escuadras que participaban en la guerra más universal que se ha conocido hasta

ahora exigía un control estrecho y centralizado de la economía nacional. El esfuerzo de guerra hizo que fueran llamados a Washington dirigentes de las grandes corporaciones a fin de llevar a cabo uno de los proyectos de planificación económica más complejos de la historia. Esa experiencia hizo disminuir mucho los temores ideológicos acerca del papel del gobierno en la estabilización de la economía.[51]

Debo hacer constar que se trata de un historiador conservador. Podría añadirse que la guerra fría, que se desarrolló a continuación, acentuó aún más la despolitización de la sociedad estadounidense y creó la clase de entorno psicológico en la que el gobierno puede intervenir, en parte, a través de las políticas fiscales, y, en parte, mediante las obras y los servicios públicos, aunque sobre todo, evidentemente, por medio de los gastos de defensa.

De este modo, según Alfred Chandler, el gobierno actúa como «un coordinador al que se recurre en último extremo, cuando los dirigentes empresariales no son capaces de mantener un nivel elevado de demanda conjunta».[52]

Otro historiador de la economía, Joseph Monsen, ha escrito que los miembros más cultos y bien informados de la clase dirigente empresarial no sólo no temen la intervención del gobierno en los asuntos económicos, sino que «consideran que la Nueva Economía es una técnica que permite aumentar la viabilidad de las grandes corporaciones».[53]

Quienes utilizan esas ideas de un modo más cínico son los dirigentes de las industrias de armamento subvencionadas con fondos públicos. Hace un año aproximadamente, el *Washington Post* publicó una notable serie de artículos acerca de este tema escritos por Bernard Nossiter. Por ejemplo, citó a Samuel F. Downer, vicepresidente de LTV Aerospace, uno de los grandes conglomerados de reciente creación, quien explicó por qué el mundo económico de la posguerra debe ser fortalecido mediante encargos a la industria de armamento. «Es algo fundamental», aseguró.

El secreto para «venderle» al pueblo la necesidad de aumentar los gastos militares es apelar a la defensa de sus hogares. Éste es uno de los recursos más seguros que tienen los políticos para

modificar el sistema. Si eres el presidente de los Estados Unidos y te conviene apoyar con subsidios a la industria de armamento, que consideras un sector clave de la economía, no puedes decírselo al pueblo así, lisa y llanamente, pero puedes «vendérselo» apelando a su instinto de conservación y asegurándole que de ese modo se fortalecerá la situación internacional del país. Aumentaremos nuestro presupuesto de defensa mientras en Rusia esos cabrones nos vayan por delante. El pueblo estadounidense comprende semejante argumento.[54]

Por descontado, «esos cabrones» no van exactamente por delante de nosotros en ese juego cínico y mortal, pero eso es sólo un obstáculo menor para la tesis. En momentos de necesidad siempre podremos seguir a Dean Rusk, Hubert Humphrey y otras lumbreras, y recurrir a los mil millones de chinos armados hasta los dientes y dispuestos a conquistar el mundo. Deseo subrayar de nuevo el papel de la guerra fría en este sistema como técnica para el control doméstico, como técnica para desarrollar el clima de paranoia y psicosis en el que el contribuyente está dispuesto a proporcionar enormes e inacabables

subsidios a los sectores tecnológicamente avanzados de la industria estadounidense y a las corporaciones que dominan ese sistema cada vez más centralizado.

Parece una perogrullada afirmar que el imperialismo ruso no es una invención de los ideólogos estadounidenses. Para los húngaros y los checos, por ejemplo, es algo muy real. Pero sí es una invención el uso que hacen de él, por ejemplo, Dean Acheson al principio de los años cincuenta, o Walt Rostow una década después, cuando afirmaron que la guerra de Vietnam era una demostración del imperialismo ruso. O el gobierno de Johnson en 1965, cuando justificó la intervención en la República Dominicana haciendo referencia al bloque militar chinosoviético. O los intelectuales que asesoraban a Kennedy, quienes, como subrayó Townsend Hoopes el mes pasado en un artículo en el *Washington Monthly,* fueron engañados por las «tensiones de los años de la guerra fría» y no se dieron cuenta de que el triunfo de una revolución nacional en Vietnam no tenía por qué ser «un triunfo para Moscú y Pekín».[55] Resulta de lo más sorprendente que cayeran en semejante engaño hombres

de tanta talla intelectual como ellos, o como Eugene Rostow, quien en un reciente libro, muy elogiado por los senadores liberales, así como en los medios intelectuales y universitarios, subrayó la siguiente serie de retos al orden mundial planteados durante la época moderna (la cursiva es mía):

> Napoleón, el emperador Guillermo II, Hitler y, ya en el mundo que siguió a la Segunda Guerra Mundial, *las huelgas generales en Italia y Francia, la guerra civil en Grecia y los ataques contra Corea del Sur y Vietnam del Sur.* Rusia nos ha *hecho pasar por duras pruebas, como las de Corea y Vietnam,* en sus *esfuerzos por extender el comunismo por medio de la espada. Las fuerzas del mal son muy poderosas,* y debemos hacerles frente valerosamente.[56]

Se trata de una serie de retos al orden mundial realmente sugestiva: Napoleón, el emperador Guillermo II, Hitler, las huelgas generales en Italia y Francia, la guerra civil en Grecia y el ataque ruso contra Vietnam del Sur. Si la consideramos detenidamente, podemos llegar a con-

clusiones muy interesantes acerca de la historia moderna.

Lo cierto es que podríamos hablar de este tema indefinidamente. Lo que quiero subrayar es que la guerra fría es tremendamente útil tanto para la élite estadounidense como para su homónima soviética, que, de un modo similar, explota el imperialismo occidental, que no es una invención suya, para enviar a sus ejércitos a Checoslovaquia.

En ambos casos la guerra fría es importante para proporcionar una ideología al imperio, el sistema de subsidios gubernamental en el caso estadounidense, y al capitalismo de Estado militarizado. Es de prever, pues, que todo lo que vaya en contra de esa ideología encuentre una férrea oposición, incluso recurriendo a la fuerza, si es necesario. En muchos aspectos la sociedad estadounidense sigue siendo abierta y conserva los valores liberales. Pero, como saben muy bien los pobres, los negros y otras minorías étnicas, la capa de barniz liberal es muy delgada. Mark Twain escribió en cierta ocasión que «gracias a la bondad divina, en nuestro país tenemos tres cosas inefablemente preciosas: la libertad de ex-

presión, la libertad de conciencia y la prudencia suficiente para no hacer nunca uso de ellas».[57] Con frecuencia, los imprudentes tienen que pagar un precio por serlo.

Hablando en términos generales, creo correcto decir que, en gran medida, una élite de propietarios y ejecutivos de grandes corporaciones dirige tanto la economía como el sistema político. El pueblo, supuestamente soberano, elige de vez en cuando entre los que Marx denominó en cierta ocasión «las facciones rivales y los aventureros de las clases dirigentes».[58] Quienes encuentren esa descripción demasiado contundente tal vez prefieran las definiciones de un moderno teórico de la democracia como Joseph Schumpeter, quien describe la moderna democracia política, favorablemente, como el sistema en el que «la toma de decisiones por parte del electorado ocupa un lugar secundario, y su principal función es la de elegir a los hombres que se encargarán de tomarlas». El partido político, dice muy acertadamente, «es un grupo cuyos miembros se proponen actuar de forma concertada en la lucha competitiva por el poder político. Si no fuera así, resultaría imposible que par-

tidos diferentes adoptaran exactamente, o casi exactamente, el mismo programa».[59] En la democracia política, tal como la ve Schumpeter, todo son ventajas.

Hay un solo programa, que ambos partidos adoptan más o menos exactamente. Y los individuos que compiten por el poder muestran una ideología estrecha y conservadora, basada, de manera fundamental, en los intereses de alguno de los sectores de la élite de las grandes corporaciones, con leves modificaciones. Ahora bien, eso no es, ni mucho menos, consecuencia de una conspiración. Creo que se trata, simplemente, de algo implícito en el capitalismo basado en las grandes corporaciones. Esas personas, y las instituciones a las que representan, ostentan el poder efectivo, y sus intereses son los «intereses nacionales». Y son esos intereses lo que se procura satisfacer, en primer lugar y por encima de todo, por medio del imperio ultramarino y el creciente sistema de capitalismo militar de Estado en la metrópoli. Si lográramos que el pueblo dejara de consentir esa situación, algo que creo que deberíamos intentar, esos hombres –y los intereses que representan– dejarían de gobernar

y dirigir la sociedad estadounidense, así como de imponer sus criterios acerca del orden mundial y de cuál es el legítimo desarrollo político y económico de buena parte del mundo. Por más que se lleve a cabo un inmenso esfuerzo de propaganda y mistificación para ocultar esos hechos, siguen estando a la vista de todos.

En la actualidad tenemos los recursos técnicos y materiales para satisfacer las necesidades animales del hombre. No hemos desarrollado los recursos culturales y morales –o las formas democráticas de organización social– capaces de hacer posible el uso humano y racional de nuestra riqueza material y nuestro poder. Resulta concebible la implantación de los ideales liberales clásicos tal como han sido desarrollados y expresados en su forma libertaria socialista. Pero eso sólo podrá hacerlo un movimiento revolucionario popular, arraigado en amplias capas de la población y decidido a eliminar todas las instituciones represivas y autoritarias, estatales y privadas. Crear ese movimiento es un reto al que nos enfrentamos y del que debemos salir triunfantes si queremos escapar de la barbarie contemporánea.

NOTAS

1. Wilhelm von Humboldt, *Limits of State Action,* ed. J. W. Burrow, Cambridge University Press, Londres, 1969, cap. 7, p. 68. [Ed. cast.: *Los límites de la acción del Estado,* Tecnos, Madrid, 1988.]

2. Von Humboldt, *Limits of State Action, op. cit.,* cap. 8, p. 76.

3. Von Humboldt, *Limits of State Action, op. cit.,* cap. 7, p. 62, y cap. 3, p. 19.

4. Von Humboldt, *Limits of State Action, op. cit.,* cap. 3, p. 19.

5. Von Humboldt, *Limits of State Action, op. cit.,* cap. 3, p. 22.

6. Von Humboldt, «Ideas on Constitutional Statehood, Incited by the New French Constitution» (de una carta a un amigo, escrita en agosto de 1791), citado en Marianne Cowan, ed., *Humanist Without Portfolio: An Anthology,* Wayne State University Press, Detroit, 1964.

7. Cita en Shlomo Avineri, *The Social and Political*

Thought of Karl Marx, Cambridge University Press, Londres, 1968, referida a comentarios en *The Holy Family.* Véase Robert C. Tucker, ed., *The Marx-Engels Reader,* 2.ª ed., W. W. Norton, Nueva York, 1972, pp.133-135.

8. Karl Marx, *Critique of the Gotha Program,* parte I, sección 3. En Tucker, ed., *op. cit.,* p. 388. [Ed. cast.: *Crítica del programa de Gotha,* Fundación Federico Engels, Madrid, 2004.]

9. Karl Marx, *Capital,* parte 5, cap. 25, sección 4. En Tucker, ed., *The Marx-Engels Reader, op. cit.,* p. 310.

10. Rudolf Rocker, *Anarcho-Syndicalism,* Pluto Press, Londres, 1989, p. 23. [Ed. cast.: *Anarco sindicalismo,* Ediciones Picazo, Barcelona, 1978.]

11. Karl Polanyi, *The Great Transformation: The Political and Economic Origins of our Time,* Beacon Press, Boston, 1957, p. 3. [Ed. cast.: *La gran transformación crítica del liberalismo económico,* Ediciones de La Piqueta, Madrid, 1989.]

12. Polanyi, *The Great Transformation, op. cit.,* p. 176.

13. Simon Linguet, *Théorie des lois civiles,* Londres, 1767, pp. 274, 464, 466, 470-471. Citas en Karl Marx, *Theories of Surplus Value,* Moscú, Progress Publishers, 1963, vol. 1, cap. 7. [Ed. cast.: *Teorías sobre la plusvalía,* Crítica, Barcelona, 1974.]

14. Cita en Martin Buber, *Paths in Utopia,* Beacon Press, Boston, 1958, p. 19. [Ed. cast.: *Caminos de utopía,* Fondo de Cultura Económica, México, 1955.]

15. Von Humboldt, *Limits of State Action, op. cit.*

16. Jean-Jacques Rousseau, *First and Second Discourses,* edición de R. D. Masters, St. Martin's Press, Nueva York, 1964, p. 179.

17. Von Humboldt, *op. cit., Limits of State Action,* cap. 11, pp. 99-100.

18. Octave Mirbeau, cita en James Joll, *The Anarchists,* Little, Brown, Boston, 1965, pp. 145-146.

19. Cita en Daniel Guérin, *L'Anarchisme* [Ed. cast.: *El anarquismo, de la doctrina a la acción,* Campo Abierto, Madrid, 1978.]

20. Pierre-Joseph Proudhon, *What Is Property?,* ed. y trad. Donal R. Kelley y Bonnie G. Smith, Cambridge University Press, Cambridge, 1994, cap. 1. [Ed. cast.: *¿Qué es la propiedad,* Júcar, Gijón, 1984.]

21. Anton Pannekoek, «Theses On The Fight Of The Working Class Against Capitalism» (1947). Online en: http://www.marxists.org/archive/pannekoek/1947/theses-fight.htm. Transcrito de *Southern Advocate for Workers Councils,* Melbourne, Australia, número 33, mayo de 1947.

22. Véase V. I. Lenin, Left-Wing Communism: An Infantile Disorder, Progress Publishers, Moscú, 1964. [Ed. cast.: *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo,* Moscú, Editorial Progreso.]

23. William Paul, *The State: Its Origins and Function,* Socialist Labour Press, Glasgow, 1918, pp. 197-198.

24. *Informations Correspondance Ouvrière.*

25. Una versión posterior de este trabajo está disponible online: Walter Kendall, «State Ownership, Workers' Control and Socialism», trabajo presentado a la Primera Conferencia Sociológica Internacional sobre Participación y Autogestión, Dubrovnik, 13-17 de diciembre de 1972 (http://www.whatnextjournal.co.uk/Pages/Newint/Kendall2.html).

26. Carta de Engels a Philipp van Patten fechada el 18 de abril de 1883. Disponible online en: http://www.marxists.org/archive/marx/works/1883/letters/83_04_18.htm.

27. Prefacio a la edición alemana de 1872. En Tucker, ed., *The Marx-Engels Reader, op. cit.*, pp. 469-470.

28. Cita en Guérin, *Anarchism, op. cit.*

29. Cita en Guérin, *Anarchism, op. cit.*

30. Fernand Pelloutier, «Anarchism and the Workers' Unions», en Daniel Guérin, ed., *No Gods, No Masters,* dos vols., AK Press, Oakland, 1998, vol. 2, p. 55.

31. Buber, *Paths in Utopia, op. cit.*, p. 127.

32. V. I. Lenin, *Sochineniya (Obras),* 5.ª ed., Instituto de Marxismo-Leninismo, Moscú, 1958-1965, vol. 44, pp. 9 y 418. Cita en Moshe Lewin, *Lenin's Last Struggle,* trad. de A. M. Sheridan Smith, Pantheon, Nueva York, 1968, p. 4.

33. Rousseau, *First and Second Discourses, op. cit.*, p. 164.

34. Rousseau, *First and Second Discourses, op. cit.*, p. 165.

35. Immanuel Kant, *Religion within the Limits of Reason Alone,* 1793, libro 4, parte 2, sección 3. [Ed. cast.: *La religión dentro de los límites de la mera razón,* Alianza, Madrid, p. 200.]

36. Von Humboldt, *Limits of State Action, op. cit.*, cap. 16, p. 143.

37. Von Humboldt, *Limits of State Action, op. cit.*, cap. 3, p. 18.

38. Rosa Luxemburg, «Organizational Questions of the Russian Social Democracy» [«Leninism or Marxism?»], 1904, segunda parte. Disponible online en: http://www.marxists.org/archive/luxemburg/1904/questions-rsd/index.htm.

39. Carl Kaysen, «The Social Significance of the Modern Corporation», *American Economic Review,* mayo de 1957, pp. 313-314.

40. Véase Ralph Miliband, *The State in Capitalist Society,* Weidenfield & Nicolson, Londres, 1969.

41. Richard J. Barnet, *The Economy of Death,* Atheneum, Nueva York, 1969, p. 97.

42. Informe número 1406 de la Cámara de Representantes de los Estados Unidos, LXXXVII legislatura, segunda sesión, 1962, p. 7.

43. Arthur H. Vandenberg, *The Private Papers of Senator Vandenberg,* Houghton-Mifflin, Boston, 1952, p. 504.

44. Robert McNamara, *The Essence of Security,* Harper & Row, Nueva York, 1968, pp. 109-110.

45. McNamara, *The Essence of Security, op. cit.,* p. 110.

46. *Economic Concentration.* Comparecencias ante el Subcomité de Prevención del Trust y el Monopolio del Comité del Poder Judicial, Senado de los Estados Unidos, IXC legislatura, primera sesión, 1969, parte 8A.

47. Leo Model, «The Politics of Private Foreign Investment», *Foreign Affairs,* junio de 1967, p. 647.

48. George W. Ball, *The Discipline of Power: Essentials of a Modern World Structure,* Atlantic Monthly Press, Boston, 1968.

49. W. Y. Elliot, ed., *The Political Economy of American Foreign Policy,* Henry Holt and Co., Nueva York, 1955, p. 42.

50. Cita en Barnet, *The Economy of Death, op. cit.,* p. 116.

51. Alfred D. Chandler, Jr., «The Role of Business in the United States: A Historical Survey», *Daedalus,* invierno de 1969, p. 36.

52. Chandler, Jr., *op. cit.,* p. 36.

53. Joseph Monsen, «The American Business View», *Daedakus,* invierno de 1969, p. 162.

54. Bernard Nossiter, «Arms Firms See Postwar Spurt», *The Washington Post,* 8 de diciembre de 1968, pp. A1 y A18.

55. Townsend Hoopes, «The Nuremberg Suggestion», *The Washington Monthly,* enero de 1970, p. 20.

56. Eugene V. Rostow, *Law, Power, and the Pursuit of Peace,* Harper & Row, Nueva York, 1968.

57. «Pudd'nhead Wilson's New Calendar», de *Following the Equator,* en Tom Quirk, ed., *Tales, Speeches, Essays, and Sketches,* Penguin, Nueva York, 1994, p. 201.

58. «The Civil War in France», en Tucker, ed., *The Marx-Engels Reader, op. cit.,* p. 630.

59. Joseph Schumpeter, *Capitalism, Socialism, and Democracy,* Harper & Row, Nueva York, 1950, pp. 269 y 283. [Ed. cast.: *Capitalismo, socialismo y democracia,* Aguilar, Madrid, 1968.]

Estoy muy agradecido a Krishna Pagadala por la transcripción, a Pablo Stafforini por la revisión y las referencias, y a Crystal Yakacki por la excelente tarea de documentación.

ÍNDICE

Introducción 7

El liberalismo clásico 9

El socialismo libertario 24

Argumentos en contra 38

El socialismo de Estado y el capitalismo de Estado 47

Notas 71

En esta memorable conferencia, dictada en el Perry Center de Nueva York en 1970, Noam Chomsky expone de una manera inteligente y directa sus reflexiones sobre las posibilidades de transformación de la sociedad actual frente a lo que no duda en caracterizar como «la barbarie contemporánea». En su discurso, Chomsky analiza cuatro orientaciones políticas distintas: el capitalismo y el socialismo de Estado; el socialismo libertario y el liberalismo, para revelar similitudes escondidas entre los dos primeros y proponer, finalmente, la defensa del socialismo libertario –su particular versión del anarcosindicalismo– como heredero natural del liberalismo clásico y como posibilidad intacta de utopía política.

Noam Chomsky, nacido en Filadelfia en 1928, es profesor emérito del prestigioso Instituto Tecnológico de Massachusetts. Como lingüista, es el padre de la gramática generativa transformacional, un sistema de análisis lingüístico que ha revolucionado esta disciplina. Su faceta de activista política salió a la luz a partir de su radical oposición a la guerra de Vietnam y la publicación, en 1969, de *La responsabilidad de los intelectuales y otros ensayos históricos y políticos*: *los nuevos mandarines*, al que siguieron, desde entonces, varios libros e innumerables artículos de tema político, publicados en todo el mundo. Sin haber abandonado nunca su trabajo científico, Chomsky se ha convertido en una de las voces más influyentes de la izquierda norteamericana. El *New York Times* lo ha calificado como «el intelectual más importante del planeta».

De Noam Chomsky, Anagrama ha publicado también *Sobre política y lingüística* y *Proceso contra Skinner*.

W7-DHH-529

9 788433 962263

www.anagrama-ed.es